

UN ARTE DE LA LUZ

La noche del cazador

Charles Laughton. EEUU. 1955. 93 min. ByN. v.o.s.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *The night of the hunter*.

Título español: (*La noche del cazador*).

Nacionalidad: EEUU. **Año de producción:** 1955.

Director: Charles Laughton.

Guión: James Agee. Según la novela de Davis Grubb.

Producción: Paul Gregory Productions.

Productor: Paul Gregory.

Fotografía: Stanley Cortez.

Montaje: Robert Golden.

Ayte. de dirección: Milton Carter.

Música: Walter Schumann.

Sonido: Stanford Houghton.

Director artístico: Hilyard M. Brown.

Vestuario: Jerry Bos.

Maquillaje: Don L. Cash, Kay Shea.

Decorados: Alfred E. Spencer.

Intérpretes: Robert Mitchum, Shelley Winters, Lillian Gish, James Gleason, Evelyn Varden, Peter Graves, Don Beddoe, Billy Chapin, Sally Jane Bruce, Gloria Castillo.

Duración: 93 min. **Versión:** v.o.s.e. ByN.

SINOPSIS

Tras realizar un atraco en el que han muerto dos personas, Ben Harper regresa a su casa y esconde el botín confiando el secreto a sus hijos. En la cárcel, antes de ser ejecutado, comparte celda con Harry Powell y en sueños habla del dinero. Tras ser puesto en libertad, Powell, obsesionado por apoderarse del botín, va al pueblo de Harper, enamora a su viuda y se casa con ella.

COMENTARIO

La noche del cazador. Una película excepcional, única en muchos aspectos, dirigida por Charles Laughton, interpretada irrepitiblemente por Robert Mitchum —cuyo rostro encarnaría en otras películas la decencia— y escrita por James Agee.

Podemos plantearnos el problema de la imaginación, preguntarnos cuál es el lugar que la imaginación ocupa en la cultura visual, desde la línea del conocimiento de Platón hasta la psicología más convencional, y cuál es el alcance de sus representaciones. Por contraposición a la idea del bien, que solo sería accesible a la razón, ¿es posible imaginar el mal? ¿Puede una imagen captar o reproducir el mal? Por contraposición a la idea del bien, que solo sería accesible al filósofo, ¿es el cine —la moderna “escritura o grafía de la vida” —, como arte de masas por antonomasia, una técnica de imaginación del mal? ¿Somos justos con la verdad al amar el cine y hablar de las películas? ¿Hay sabiduría en la poesía cinematográfica de Laughton, Mitchum y Agee? ¿Qué simetría guarda con la razón?

En su última etapa como guionista, Agee le confesaría al director Fred Zinneman que “no podía concebir que un escritor no imaginara una película como un todo acabado”, igual que un director —añadía— trata de inmiscuirse todo lo que puede en la redacción del guión. Agee amaría el cine casi como un destino; poeta, periodista, novelista y crítico literario y cinematográfico antes que efímero director, actor y guionista, Agee terminaría su vida sin ver el resultado de su última y casi exclusiva dedicación, que no llegaría, pese a todo, a convertirse en profesional: un primer ataque al corazón le impediría seguir sobre el terreno el legendario rodaje de *La reina de África* en 1951 y un segundo ataque (fatídico) en 1955 asistir al estreno de *La noche del cazador*.

Como cineasta profesional, Agee habría tenido, en efecto, que cumplir los requisitos que él mismo había impuesto a la cámara y lograr una “autenticidad vital, más que imitativa, visual, aural y psicológica” y, sobre todo, transmitir la “paralizante energía eléctrica del presente”, para evitar el defecto inherente a los cineastas profesionales, que no veían “más allá de sus cámaras”. Más allá de la cámara; más allá, incluso, de la profundidad de campo de Toland, Agee habría tenido que ver al público que miraba en su misma dirección. “Es más difícil —había dicho como crítico— usar las honestas imágenes cinematográficas de un modo deshonesto que tergiversar las palabras.” (Agee on Film, pp. 6, 14, 34). El cine sería así la piedra de toque de la literatura: había pautas en el cine de las que carecían todas las demás artes y que no podrían separarse del desarrollo de una competencia cinematográfica universal. Como crítico y en algunos momentos —los mejores, en mi opinión— de *La noche del cazador*, Agee nos ha enseñado a usar con decencia las imágenes cinematográficas.

Antonio Lastra, Universidad de Valencia